

Ensayo de teatro al final del otoño

Joaquín-Armando Chacón

El teatro como espejo del mundo: en esta breve pieza, Joaquín-Armando Chacón —autor de Los largos días, Las amarras terrestres y El recuento de los daños, entre otros— construye un universo donde el absurdo y lo sublime intercambian disfraces.

Para y por Benjamín Domínguez

Tenían meses y meses ensayando la obra de teatro, la verdad estaban ya fastidiados, algo siempre les fallaba, si no era una cosa era otra y, además, el reparto había cambiado, ya no era el original que el gordo Goicochea escogió desde que se puso en tratos con el autor de la obra, un tipo barbudo, huraño y aficionado al whisky, pues una buena cantidad de aquellos actores tuvieron que abandonar los ensayos porque tenían diversos compromisos contraídos de antemano, ya fuera para la televisión o para el cine y otros sencillamente se largaron para irse a buscar nuevas oportunidades, ya que el gordo Goicochea no encontraba un productor que se animara con la obra. “Carlota”, la gallina inicial, sólo estuvo en el primer mes de los ensayos, luego se la llevó la tía del gordo Goicochea, y Sucre, el asistente del director, aparte de quedarse sin los huevos divorciados de la mañana, se las había visto duras para conseguir una reemplazante. Nadie les quería prestar sus gallinas ni para que ensayaran, se lamentaba, así que en los últimos meses estuvieron utilizando el osito de peluche de la hija de Ruth.

Pero ahora sí tuve suerte, les anunció Sucre, una afortunada casualidad, pues el departamento de enfrente al mío llegó a ocuparlo un señor muy bajito a pesar de los botines de tacón alto, todo trajeadito, de chaleco y sombrero de la misma tela, quizá también los calcetines así como la pajarita de corbata, un encanto, y llegó con la gallina en los brazos y la preocupación de tener que dejarla allí, sola, en el departamento vacío, durante una semana pues él viaja hoy en la madrugada en busca de su esposa y en los aviones no aceptan gallinas aunque paguen boleto. Imagínense nomás, aulló de felicidad Sucre, tanto buscar y allí, frente a mi puerta me llega a contar eso el nuevo inquilino, ese hombre bajito de voz fuerte y musical, y en un segundo todo quedó arreglado. Así que apúrense chicas y chicos, a vestirse para el gran ensayo, que Goicochea no tarda en llegar y a lo mejor ahora sí lo acompaña ese productor que se ha estado camellando.

De los participantes del primer reparto sólo quedaban cinco, las dos mujeres y tres hombres. A Gabriela le había crecido el cabello y como no había trazas de

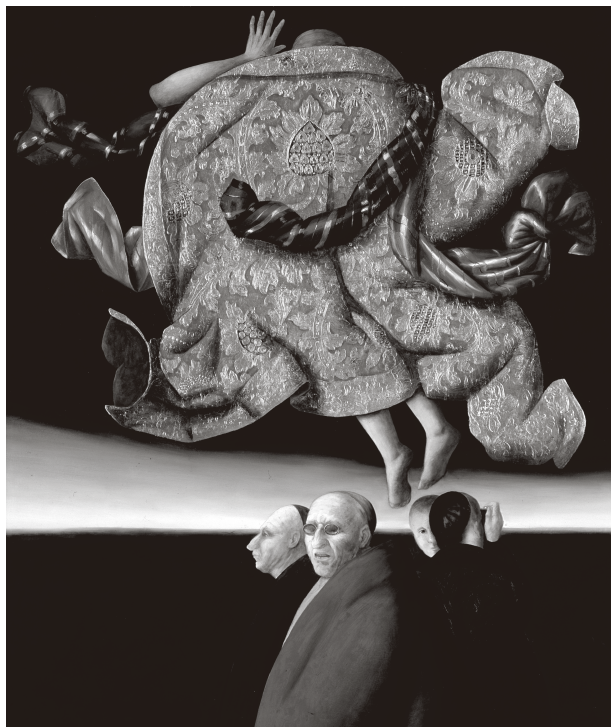
para cuándo el estreno, le dijo al gordo Goicochea que mejor se lo iba a teñir de rojo, en un rojo del color del vestido que tenía que usar cuando llegaran a las presentaciones, que no estaría mal, que eso le daría un toque especial al personaje cuando tuviera que quitarse la gorra. Y pues el gordo aceptó, qué otra cosa le quedaba. La otra actriz, Ruth, ésa sí que siguió acudiendo a la peluquería para hombres en la Condesa para que le rasuraran los brotes cada tanto tiempo, a esas alturas ya más de quince veces, pues Ruth decía que allí los hombres no dejaban de mirarla y hasta la lascivia se les traducía en cada gesto. Una mujer pelona les excita, les había dicho en una ocasión a todos sus compañeros, primero se encuentran con algo distinto a lo que están acostumbrados y, aunque de entrada algo les molesta, a los cuatro minutos y medio ya están extasiados. A mí Ferninando, y Ruth les aclaró que Ferninando era el experto en cortes masculinos, me ha dicho que sus clientes de siempre hasta preguntan que cada cuánto tiempo voy por allí a mis rasuradas, pues quieren estar presentes, así que Ferninando no deja de insistirme en que le informe con anticipación, pues si no cómo les va a avisar, y de no hacerlo la que le arman, pues sí, quién sabe qué caras pongo cuando me enjabona la cabeza con esa brocha chaparrona y gorda y siento calentito calentito, bien sabroso, y luego lo escucho frotar la navaja sobre esa tira

de piel para sacarle filo y se me enchina todo el cuerpo y más aún cuando comienza a pasarme el acero por la piel soltando un ruidito de chas chas chas, adiós los cabellitos incipientes, chas chas chas y yo hasta bizcos hago y mejor cierro los ojos y comienzo a decir mis parlamentos, pero suavemente, bajito, susurrándolos, y no vieran el silencio que hay desde allí hasta varias cuerdas a la redonda, y mona que me queda la bola en la cabeza y bien que me salen los parlamentos, y cuando Ferninando termina su labor y yo termino con el último párrafo los otros clientes hasta aplauden y felicitan a Ferninando. A mí no, ni se me acercan, a mí me miran con respeto, casi sin alzar mucho la mirada, ésa donde ya la lascivia parece saciada, y se hacen a un lado para abrirme paso y que yo salga, como una reina, como una santa, de la peluquería. Si vieran lo que le ha aumentado la clientela a Ferninando, había rematado su charla Ruth, ya ni siquiera me cobra, así que en cuanto me veo al espejo y descubro los puntitos negros, allá voy.

Desde el camerino de al lado les llegaban las groserías y las maldiciones que brotaban continuamente de los trece actores allí apiñados como sardinas en el corto espacio. Ya Gabriela había revisado minuciosamente que no hubiera ningún nuevo agujero en la pared y esta vez no tuvo que utilizar su botecito de kolaloca. De seguro el nuevo tatuado ya se dio cuenta de mis precauciones, le dijo a Ruth, y ha desistido de fisionarnos cuando nos estamos cambiando de vestuario. Y Gabriela había contado uno a uno los catorce hoyos taponados en la pared, siempre admirándose del más alto, a dos centímetros del techo. Sí, por supuesto, se dijo a sí misma esta tarde después de envolver en un pañuelo de seda el melocotón que había saboreado, de seguro Pintel cargaba al tatuado en los hombros, santa Morgana, qué mañas. Luego se puso pacientemente la cofia en la cabeza y se quedó sosteniendo frente a ella el vestido que utilizaría en la representación y aguardando con calma, pues conocía el lugar adecuado para quedar afuera del reflejo en el espejo donde ahora Ruth revisaba su maquillaje. No tardó nada en escucharse el silencio que se produjo en el otro camerino y el murmullo de Sucre. Un minuto después se abrió la puerta y por ella surgió el sonriente rostro del asistente del director, quien se encontró inmediatamente con la mirada de Gabriela y la desilusión. Ya llegó Goicochea, avisó Sucre en un tono neutro, y ahora sí se trajo al productor con todo y la esposa. Ella parece más inteligente, más culta y más animada, toda una dama, y el marido todo lo contrario, pero ningún desánimo: con carretadas de millones en libras esterlinas. Y Sucre se quedó observando los nuevos *shorts* de



Benjamín Domínguez, *Levitación*

Benjamín Domínguez, *Presagio*Benjamín Domínguez, *Ángeles ciegos*

Ruth, blancos con franjitas azules a los costados, de jugadora de básquet y el número siete sobre una de las nalgas. Te ves divina, Ruth, le dijo, si el gordo Goicochea me hiciera caso así deberías de salir a escena. Gracias, pero sería un total rompimiento con el espíritu de la obra, ¿no crees? Ruth siguió acomodándose el turbante ante el espejo. Y fíjate si ya llegó mi invitado. Claro, Ruth querida, yo te aviso. ¿Todo en orden, llegó la gallina?, preguntó Gabriela con una delicada sonrisa y el vestido virreinal frente a ella como un parapeto. No debe tardar, Sucre raspaba ahora el piso con la punta de uno de sus zapatos, casi como lo haría un caballo, el enanito me dijo que sería puntual, que a las siete con dos minutos exactamente estaría aquí. Y sí, todo en orden, mi totalmente admirada Gabriela, excepto que no llegó el tramoyista con los cables ni la maquineta. ¿Y entonces, Mariscal? Se exasperó Gabriela. Pues como otras veces, el tono bajito de Sucre, a actuar con resignación, sin elevación ni nada, tus manos sugerirán la levitación, estoy seguro. Y el asistente del director se alejó presuroso. Gabriela cerró la puerta de una patada furiosa. No te sulfures, Gabriela, no te sulfures, intentó apaciguarla Ruth, tu parlamento tiene la magia necesaria y lo dices divinamente, yo te escucho y me siento flotar. Además me he mantenido en estado puro desde hace más de un mes, te lo juro, Gabriela, nada de nada con nadie, lo prometí y lo cumplo. Todo sea por conseguir llegar a estrenar esta obra, hay tantas deudas por pagar.

Gabriela levantó frente a ella el elegante vestido rojo con brocados dorados en las anchas mangas, lo contempló con deleite unos instantes, después cerró los ojos y comenzó a respirar pausadamente. Bien sabía que antes de ponerse el vestido rojo y de sentir ir alejándose de ella

misma para comenzar a entrar en el personaje, adquiriendo su pasado y la magia de sus poderes, su compañera siempre estaba pronta a pronunciar un comentario innecesario. La voz de Ruth le llegó esta vez con cierta lejanía: ¿Nunca te va a agarrar desprevenida, verdad? No, nunca, respondió con un matiz que no le pareció salir de su boca. Sucre es tu admirador número uno, Gabrielita, se babea por ti, bien lo sabes, en tu monólogo hasta deja de respirar... y la voz de Ruth se fue perdiendo en la lejanía.

* * *

Al abandonar Sucre el camerino de las actrices casi se topa con Fernando Pintel, ya en el pantalón, la camiseta, el saco y el bombín negro de su personaje, revisando el perfecto funcionamiento de la pequeña cámara fotográfica que utilizaba realistamente en las escenas necesarias. ¿Cuántas fotos habrá ya tomado de ese ángel?, se preguntó Sucre, algún día se lo pregunto y le pido que nos las muestre. Pero en ese momento no se atrevió a hacerlo, siguió de largo y sólo se giró un poco para decir en voz alta: Ojalá te rompas una pierna. Y uno de los brazos, le respondió Pintel.

Era largo el pasillo que tuvo que recorrer Sucre, rodeando el escenario, para llegar a la puerta a un lado de la sala, y eso le dio tiempo para sonreírse una vez recordando cuando después del ensayo Ruth le sirvió de modelo a Pintel para una fotografía de la gitana dormida, y donde él había acomodado el osito de peluche en el lugar del león ensillado, y también para gruñir por tres veces porque Gabriela lo había llamado otra vez “ma-



Benjamín Domínguez, *La melancolía*



Benjamín Domínguez, *La gitana dormida*

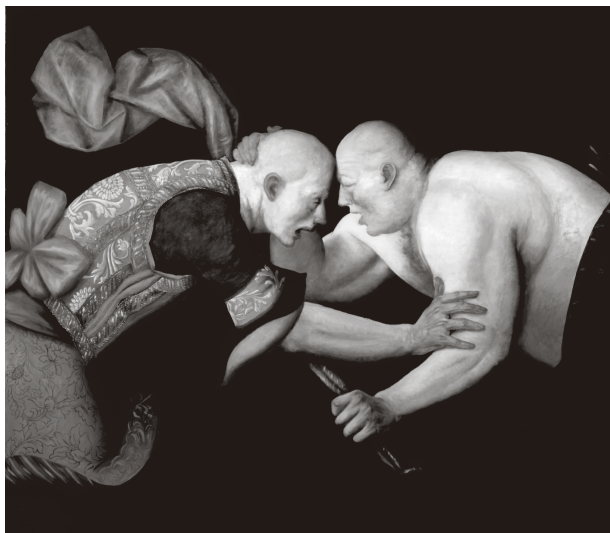
riscal”, cosa que le molestaba mucho, así como lamentarse suspirando porque ella se había negado con obstinación clásica de ir a firmar el inmenso póster donde ella estaba espléndida en el filme *Ciudad de ciegos* y que tenía empotrado en el pasillo de su casa, y un suspiro más prolongado y un lamento aún mayor por no haber visto todavía, y quizá nunca, el pequeño tatuaje de una flor eterna del desierto que los rumores decían Gabriela tenía en el muslo izquierdo. Pero tenía que apresurarse, en su reloj ya eran las siete con un minuto y el segundo avanzaba, así que subió a la carrera los escalones del pasillo en la sala vacía y llegó justo a tiempo a ver entrar al hombrecito con la gallina en los brazos, quien esperó a que Sucre salvara los dos últimos peldaños antes de pronunciar con esa voz de melodía antigua: Aquí estamos, aquí está, puntuales siempre, pues al destino no le sirven los aplazamientos. Y le entregó la gallina. Se llama Helena, agregó, el Helena pronunciado con el conocimiento de que al inicio va una hache. Sucre la tomó en sus brazos y le pareció que tenía un peso extraño y una cola emplumada demasiado larga, una cresta dura y terriblemente roja, pero unos ojos azules, tranquilos y dulces. Nos ha salvado, Helena es realmente importante para la escena principal y la vamos a cuidar con esmero y amor. Estoy seguro de eso, dijo el hombrecito, no tengo ninguna preocupación. Ahora en sus manos estaba el sombrerito, con el cual había saludado a las tres personas sentadas en el centro de una fila y quienes habían girado sus cabezas atraídas por el timbre de la voz. La dama es la esposa de nuestro productor, le notificó Sucre, el de la izquierda y el otro, el gordo, es Goicochea, nuestro director. Lo sé, lo sé, dibujó una sonrisa el hombrecito, lo sé, una dama espléndida, dueña de una colección magnífica de piezas antiguas que atesora en su mansión del sur de Italia, y enseguida bajó el registro de su voz hacia una melodía con nostalgia para continuar: Nunca he comprendido el porqué bellezas como Stella se unen a hombres tan rústicos, salvo que lo sea para po-

nerles los cuernos al desmelenarse en el lecho de los poetas. Enseguida el registro volvió a aumentar como el trinado de un tenor: Mi avión sale en tres horas y cuarenta y seis minutos, así que si me lo permiten podré ver algo de este ensayo con vestuario y luces. Y sin más el hombrecito tomó asiento en la última fila de butacas.

Sucre bajó con cuidado los amplios escalones, la gallina ovillada en sus brazos, y entró en la fila siguiente adonde lo aguardaban la dama, el productor y Goicochea. Ya está todo listo, anuncio la tercera llamada y comenzamos, les notificó. El gordo Goicochea gruñó, el productor le echó un vistazo a su reloj de cadanita y la dama sonrió al acariciar el cuerpo de la gallina. Helena. Querida, le dijo, cada vez estás más hermosa, si alguno de los actores se equivoca no enseñes tus garras, es únicamente un ensayo y donde tú estés estará el centro del escenario. El productor intentó tapar con una mano el bostezo y el gordo Goicochea pateó con desesperación, por lo que Sucre intentó la partida, pero la mano izquierda levantada de Stella lo detuvo en seco para decirle: Un consejo mi apreciado amigo: siempre desconfíe de los extraños, incluso cuando traen regalos. No lo olvide.

Tercera llamada, tercera llamada, comenzamos. Gabriela miró la oscuridad de lo que aún no existe y admitió que era una diosa a punto de darle sonidos, formas e historias al universo. *Sí, por supuesto, completamente.* El telón comenzó a descender lentamente. Y se escucharon las primeras palabras. Y se hizo la luz.

Y las escenas comenzaron a transcurrir sin ninguna dificultad, incluso la de los obispos alarmados por los presagios que brotaban de las flautas de los tres actores músicos, para que enseguida apareciera Ruth con el torso desnudo y preparada con la aguja y el hilo para tejer en la mano el destino del hombre en la flor de la edad,

Benjamín Domínguez, *El mago*Benjamín Domínguez, *Jacob lucha con el ángel*

y el actor se mantuvo firme, no lanzó ningún quejido de dolor ni se olvidó de sus líneas por fascinarse ante los hermosos senos que contemplaba por primera vez. Píntel estuvo girando con la discreción necesaria para tomar las fotografías en el momento preciso y su potente voz fue como un concierto que deslumbraba junto con los flashes de la cámara que simulaban los rayos de Apolo en los apagones para el cambio de escena, y tuvo el tiempo necesario para transformarse en el mago con pico de oro que jugueteaba con la pompa de jabón mientras le lanzaba a la humanidad los reclamos por tantas guerras y su olvido del verdadero arte. La pompa de jabón creció lo suficiente para estallar ante la presencia del coro que, al fondo del escenario, invocaba a la Mantícora, ya fuera con alas o sin ellas, con cola de león o de ardilla, mientras por el proscenio circulaba el ángel con prisa en su bicicleta de una sola rueda.

Allá en la sala los cuatro espectadores permanecían en un religioso silencio. El productor masticaba a ritmo de cámara lenta un chicle con sabor a frambuesa, el gordo Goicochea tenía todos los dedos de las manos cruzados y sudaba sin darse cuenta, Stella había encendido ya cuatro cigarrillos turcos y lanzaba el humo con un imperceptible sonido que deseaba hacer llegar hasta el escenario y proseguirlos en el ánimo y el hombrecito en la última fila se había repatingado en su asiento, quedando casi arrodillado, estrujando el sombrero como si fuera un pañuelo y ya hacía más de treinta y dos minutos que había observado su reloj por última vez.

En el escenario, Jacobo buscaba denodadamente al menos el empate en su lucha con el ángel, con lo cual Ruth comenzó a murmurar con clara voz su parlamento como nunca antes había podido decirlo ya que en ese momento no era ella sino su personaje, ése que al final se acercaba tanto a la némesis de los tiempos que era como propiciar una nueva era, distinta a todas, y hacia el final ya había recorrido todos los niveles de la excitación que al regresar al punto de partida quedaba tan llena de

melancolía que se derrumbó sin aspavientos en el frente del lado izquierdo del escenario. La mayor parte de las luces fueron bajando de intensidad hasta que únicamente quedó el círculo que iluminaba esa escena con su palidez azulosa. El tatuado entró con su total desnudez y fue a sentarse sobre sus propias piernas delante de Ruth y de espaldas a los espectadores, la contempló durante un largo silencio y cuando comenzó, a lo lejos, la música de los flautistas, se levantó e hizo mutis por el lado contrario adonde entraban los dos predicantes, uno de ellos llevando en el brazo derecho a Helena, el otro con el torso desnudo y ambos con la cabeza rapada, el primero de perfil mirando hacia la derecha, el otro de espaldas y la cara hacia la izquierda, para advertir la entrada del extranjero de mirada inquieta e intentando observar por entre los dos predicantes a la mujer dormida, pero al no conseguirlo inmediatamente se desatendía de la melancolía de Ruth para iniciar en un murmullo las palabras de un nuevo lenguaje y propiciar la aparición de Gabriela por el lado en donde el predicante con Helena en su brazo seguía atento de las señales en el horizonte. La música de los flautistas cesó de pronto, hubo una pausa y Gabriela inició su monólogo y siguió nombrando a la semilla y las ramas, la flor y los frutos, los huesos y la piel, el fuego y el viento, los colores y los sonidos, la paciencia y la ilusión y siguió al tiempo que sus brazos se extendían hacia el frente y las manos parecían acariciar el vacío y lo iban conquistando. Entonces, sin suspender el quehacer de sus manos, Gabriela miró a la gallina Helena y la gallina la estaba mirando, los ojos azules centellearon una y dos y tres veces y Gabriela formó en sus labios una sonrisa y pronunció la palabra sonrisa y dejó de mirar a Helena para observar cómo el turbante de Ruth se desprendía de su cabeza rapada para ir cayendo hacia abajo con la lentitud de una danza en la suave brisa de esa unión entre lo insólito y lo de todos los días mientras el cuerpo de Ruth seguía ascendiendo al mandato de las manos y la mirada de Gabriela. ■